



Señor doctor Cecilio Cárdenas.

Mi muy querido amigo:

El busto de Napoleón, de mármol, que poseo, obra del célebre Canova, es el mismo que tenía en su palacio el Eminentísimo Cardenal José Fesh, quien me lo obsequió en Roma, en Junio de 1832.

Al donarlo á usted quiero sepa porqué me favoreció el Cardenal con esa prenda apreciable. Quiso la casualidad que José Bonaparte se alojase en Nueva York en "Washington Hall," que era el hotel en donde yo vivía, y allí fui introducido á su conocimiento por mi amigo don Tomás Gener, antiguo Presidente de las Cortes españolas, quien le dió de mí informes favorables.

Como yo me había hallado en Londres cuando se entregó Napoleón al Rey de Inglaterra en 1815, después de la batalla de Waterloo, y luego pasé á París, conocía bien los grandes acontecimientos de aquella época memorable. Además, yo había recorrido la América Meridional en mi carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Colombia ante los Gobiernos del Perú, Chile y Buenos Aires, y había desempeñado los destinos de Senador de Colombia, Presidente de la Gran Convención de Ocaña, miembro del Consejo de Estado del Libertador Bolívar en 1828, y Presidente de Colombia en 1830. Por estas circunstancias pude satisfacer los deseos de José Bonaparte, de conocer á fondo los antecedentes é historia de la transformación política de la América española, manifestándole cómo ella había sido la consecuencia necesaria de los acontecimientos que se habían sucedido desde la independencia de los Estados Unidos del Norte, sostenida por Carlos III y Luis XVI, hasta la catástrofe del Gobierno español en 1808. En las conferencias que tuvimos en esos días tuve la suerte de captarme el aprecio de José Bonaparte, y al despedirme de él para París, en Septiembre de 1831, me dió cartas de recomendación para el Conde de las Casses, compañero de Napoleón en Santa Elena, y además un pliego importante que contenía los documentos en que fundaba el derecho que creía tener al trono de Francia. Separadamente le escribió por la posta recomendándome de una manera muy distinguida y encargándole que me introdu-

jese á sus amigos en París. Tuve, en consecuencia, muy buena acogida en la familia del Conde, quien me relacionó con otras y con personajes políticos de aquella época.

Cuando partí para Italia, en Abril de 1832, fui portador de cartas de la familia del Conde para la Condesa de Survilliers, mujer de José Bonaparte, y para su hija la Princesa Carlota, que residían en Florencia. Al visitarlas en esta capital, la Princesa Carlota me informó que su padre les encargaba me introdujesen á sus hermanos Luis y Jerónimo Bonaparte, y á la Princesa Carolina, viuda de Murat, que residían también en Florencia. Les debí afectuosas atenciones, y tanto Jerónimo como la princesa Carolina me invitaron varias veces á comer en sus palacios.

A mi llegada á Roma hallé que me habían precedido recomendaciones en mi favor para el Cardenal Fesh y para el Príncipe de Musignano, hijo de Luciana Bonaparte y yerno de José Bonaparte.

El Príncipe de Musignano me dió un convite en su elegante villa, y el Cardenal Fesh me obsequió con otro en su palacio, al cual también fueron invitados don Jerónimo Torres (hermano de don Camilo ilustre abuelo de usted,) mis hermanos Tomás y Manuel María y el General Herrán, que vivían conmigo. En aquella ocasión pudimos admirar su magnífica galería de pinturas, en la cual lucía el famoso busto de Napoleón.

Durante mi residencia en Roma tuve largas conferencias con el Cardenal, quien se complacía en que yo le narrase los acontecimientos de la América española. El me introdujo al conocimiento de su hermana Leticia, madre del Emperador Napoleón, que vivía en el palacio Madona.

Cuando me despedí del Cardenal para regresar á París me regaló el busto de Napoleón, para que trajese en él un recuerdo del aprecio que él y la familia de Napoleón hacían de mi persona.

Consérvelo usted, persuadido de que se lo obsequio por ser una obra maestra de un escultor sin rival, y como una prenda del cordial aprecio que profeso á usted, como su amigo verdadero y satisfecho de haber adquirido en usted un buen hijo.

JOAQUÍN MOSQUERA.

Popayán, 27 de Febrero de 1863.

